

Materiales distintos son válidos también para la elaboración literaria, y lo nuevo y lo clásico se utiliza para tal fin. Así, «El Caballero de Olmedo» parte del motivo que facilita la obra teatral de igual título que escribiera Lope de Vega y que toma forma de nuevo en la época actual. «Epitafio para Van Bruggen» basa su argumento en hechos históricos del siglo XIX. «Vengo a verle, señor Beniel» se vale de los personajes de la célebre película «Casablanca» para reflexionar sobre la angustia existencial de unos seres y conseguir tintes entre cómicos y sorprendidos.

Toda la diversidad anteriormente relacionada puede ser fácilmente achacada a la naturaleza recopiladora de la que parte la institución editora. Eso es sin duda cierto. Lo que cabe destacar, sin embargo, es lo siguiente: Primero, cómo la calidad literaria, valorada por el jurado, es conseguida desde distintas perspectivas. Segundo, que la muestra reflejada no hace más que refrendar el abanico de posibilidades que ofrece hoy el cuento actual en nuestro país.

FELIPE DÍAZ PARDO

ABAD, PILAR. *Cómo leer a T.S. Eliot*. Madrid, Ediciones Júcar, 1992, 156 páginas.

*Cómo leer a T.S. Eliot* se enmarca dentro de una colección de guías de lectura cuyo fin primordial consis-

te en facilitar el acceso de un público amplio a la obra de una larga serie de escritores relevantes dentro de la literatura universal. Así pues, no se trata de un análisis exhaustivo —dirigido a especialistas en la materia— acerca de una de las figuras que mayor número de estudios críticos ha generado en nuestro siglo. Desde un principio, tanto el título como el tamaño del volumen nos ofrecen una idea exacta de la finalidad que pretende el libro. Lo que no se percibe a primera vista es hasta qué punto se ha alcanzado el objetivo propuesto, manteniendo unos niveles de calidad satisfactorios que, por desgracia, distan mucho de ser patrimonio común en este tipo de publicaciones. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que en general son pocas las que resultan aceptables y menos aún las que merecen elogios, razón por la cual se extiende y afianza un cierto prejuicio —con frecuencia fundado, pero en ocasiones falso, según se demuestra concretamente en este caso— sobre todas ellas. El hecho de que estos trabajos carezcan de prestigio motiva el que suelen ser encomendados a quienes rebajan todavía más la reputación de una tarea paulatinamente desacreditada en nuestros días. La situación ha llegado a tal extremo, que ya ni siquiera se presta atención a estas obras despectivamente llamadas «de divulgación».

Sin embargo, conviene dedicar tiempo y esfuerzo a examinar con detalle y estimar así adecuadamente una labor que, por su especial impor-

tancia y dificultad, debería asignarse siempre a los expertos. En efecto, a menudo se ignora que la capacidad de síntesis necesaria para poner unos conocimientos complejos al alcance de un colectivo numeroso requiere una sólida preparación.

Únicamente los investigadores muy competentes están en condiciones de seleccionar sin omitir elementos esenciales y de condensar sin caer en generalizaciones simplistas. Son ellos quienes deben redactar esta clase de guías, merecedoras de una evaluación tan pormenorizada como la que se acostumbra a realizar sobre las producciones eruditas. Por consiguiente, el hecho de que la autora de *Cómo leer a T.S. Eliot* sea una profesora de la Universidad de Valladolid cuyas publicaciones se han venido caracterizando por el rigor científico nos predispone ya de manera positiva, incluso antes de iniciar nuestra valoración.

Al considerar una guía, es su utilidad el primer aspecto acerca del cual hemos de emitir un juicio, que en este caso es totalmente favorable. La claridad expositiva del texto lo convierte en atrayente objeto lectura a pesar de la inevitable aridez que a veces presenta el tema. La obligada brevedad impide abordar determinadas cuestiones que hubieran tenido cabida en un libro más voluminoso, pero también supone una ventaja: evita el extenderse en largas y tediosas disquisiciones. En este sentido, la necesidad de reducir el número total de páginas, lejos de ser un inconveniente, se convierte en un estímulo para po-

tenciar la concentración en lo fundamental, sin espacio para lo accesorio.

En el primer capítulo, se traza una sucinta biografía literaria de T.S. Eliot, incluyendo suficiente información sobre la vida personal del autor, con especial énfasis sobre su formación intelectual. Tras obviar la faceta de dramaturgo, en la actualidad considerada como la menos interesante de su producción literaria, los capítulos segundo y tercero versan respectivamente sobre el crítico y el poeta. Los comentarios acerca de la teoría poética eliotiana al final del segundo capítulo constituyen un acertado prelude para la tercera parte del libro. Ahí se halla el núcleo del estudio, una exploración de tres poemas: «The Love Song of J. Alfred Prufrock», *The Waste Land* y «Journey of the Magi». Son muestras representativas de cada una de las tres épocas o fases en las que puede y suele articularse el corpus poético de T.S. Eliot.

La decisión de tratar en primer lugar *The Waste Land* pudiera disgustar a los partidarios de un estricto orden cronológico, pero sin duda satisfará a los partidarios de comenzar por los rasgos que singularizan el estilo eliotiano y, después, volver una mirada retrospectiva hacia los precedentes. Nada podemos objetar a la decisión de situarse en el medio del camino para esclarecer cómo se ha llegado hasta ese punto y desde allí contemplar la meta. Más discutible parece la selección de «Journey of the Magi» frente a la de *Ash Wednesday* o *Four Quar-*

*tets* como el ejemplo característico de la madurez del poeta. El único argumento convincente para justificar dicha opción radica en las reducidas dimensiones del poema, que permiten reproducirlo íntegramente en inglés, seguido de una traducción al español. Son concesiones, quizás ineludibles, por deferencia a los lectores con dificultades para acceder a la versión original. También por atención a ellos, en la bibliografía se incluyen referencias a las versiones castellanas de las obras del escritor y a los estudios críticos publicados en nuestro país (que a menudo pasan desapercibidos para los anglistas españoles). Esta última sección de *Cómo leer a T.S Eliot* significa un encomiable esfuerzo por aplicar criterios selectivos y, mediante concisos comentarios, logra orientar a los lectores dentro de un vasto campo en el que resulta fácil perderse si falta una buena guía. Excelente es ésta y, en consecuencia, digna de figurar dentro de las listas de lecturas recomendadas para los alumnos de Filología y de ocupar un lugar preferente las bibliotecas de los aficionados a la literatura inglesa.

M.<sup>a</sup> TERESA GIBERT-MACEDA

J. M. ALONSO-NÚÑEZ, *La Historia Universal de Pompeyo Trogo*. Ediciones Clásicas, Madrid, 1992.

Se abre el libro con una breve introducción, donde se resalta que las

*Historiae Philippicae* de Pompeyo Trogo son el único ejemplo en latín de una historia universal escrita por un pagano en Roma, siguiendo las huellas griegas de Heródoto y de Éforo, cuyo ejemplo culminó en Polibio. Después Posidonio y Estrabón continuaron esa labor. Se enfatiza en la introducción cómo la historiografía universal se pone de moda en tiempos de Augusto, tras la culminación de sus conquistas. Pero frente a la concepción de Tito Livio, netamente «romanocéntrica», Pompeyo Trogo ofrece la visión histórica del encuentro de culturas diversas. Mas esta concepción de Pompeyo Trogo sobre la historia no pudo competir en Roma con la visión «romanocéntrica» de Tito Livio.

Trogo es filohelénico, afinado en el universalismo estoico frente al canto político del hegemonismo romano entonado por Tito Livio. Prueba de que Trogo no triunfó es que su obra se perdió y solamente nos es conocida por el *Epítome* realizado por Justino a fines del II o a fines del IV (el autor no se decide por una de las dos cronologías en disputa). Es Pompeyo Trogo un gallo con escasas referencias bibliográficas.

El grueso del libro de Alonso-Núñez consta de seis capítulos. Se aborda en el Capítulo I el problema de la personalidad del historiador, el título y estructura de la obra y problemas de cronología. El mismo título ya sugiere el filohelenismo del autor, como si el centro de su obra